

tante por mi imaginacion la idea de que vuestra ausencia haya sido una desercion.

Pronunció estas palabras de tal manera, que Pinzon comprendió desde luego hasta qué punto le ocultaba la verdadera opinion que tenia de su fuga.

Pero aunque su natural energía le puso á punto de confesar la verdad y de decir á Colon que los motivos que habia tenido para separarse de él eran los de haber creído más acertado su plan que el suyo, al alzar sus ojos para fijarlos en los del almirante renunció á la altanería y optó por la humildad.

—Habeis hecho muy bien en no pensar semejante cosa de mí,—le dijo.

—¿Pero á Dios gracias no fué ninguna avería causa de la separacion de vuestra carabela de las nuestras?

—De una avería, no; de una torpeza del timonel de guardia, sí.

—¿No visteis la señal que mandé poner en el palo mayor de la *Santa Maria* anunciándoos que vinierais á reuniros conmigo?

—No por cierto; y esta es la torpeza de que acuso á uso de mis más leales servidores y de que me acuso á mi propio.

Sabeis cuán velera es la *Pinta*. Habiamos llegado á una altura en la que el viento nos era más favorable que á las otras dos carabelas. Quise quedarme á la capa aguardando á que la *Santa Maria* y la *Niña* se acercaran, pero el viento me empujaba.

La noche era oscura.

Pregunté al timonel si habia visto alguna señal en el navio almirante, me aseguró que no y continué marchando con la esperanza de que al dia siguiente, al amanecer, podriamos vernos. No fué así.

En vano dirigí á todas partes miradas investigadoras.

Sólo veia en torno mio la inmensidad del Océano, pero las carabelas no.

En aquella situacion creílo mismo que vos habeis pensado de mí; creí que habiais sufrido algun contratiempo y mi único anhelo desde entónces fué buscaros. Pero doy gracias al cielo tambien, porque si grande ha sido vuestra alegría al ver de lejos mi carabela, no menor ha sido la mia al descubrir la *Pinta*. Pero permitidme que me extrañe,—añadió Pinzon;—no he visto la *Santa Maria*.

—La *Santa Maria*,—dijo Colon,—despues de haberse deshecho en un banco de arena, se ha convertido en una fortaleza en donde algunos de nuestros compañeros esperan nuestro regreso de España. Porque habeis de saber que he descubierto un verdadero manantial de riquezas; un territorio donde solo he hallado amigos, corazones generosos y donde hay oro y productos suficientes para justificar nuestra expedicion y demostrar á los reyes que con nuestro viaje han ganado mucho. Y os digo esto porque, habiendo sido vos quien ha facilitado la expedicion con algunos recursos, ya que no la parte de gloria, que no os alcanza, al ménos que os satisfaga la parte de ganancia.

No agradaron mucho á Pinzon estas palabras del almirante.

Pero los dos necesitaban guardarse ciertas consideraciones por las circunstancias especiales en que se hallaban, y su conversacion en lo sucesivo no fué expansiva, sino cariñosa y como de dos hombres que se odian, pero que están ligados por vínculos que al romperse pueden hacer daño á los dos.

Habló Colon al capitan de la *Pinta* de todos los pormenores de su estancia en Haiti, y éste á su vez, no queriendo ser ménos, le refirió en estos términos lo que habia visto y encontrado durante los dias de su ausencia:

—Impulsado hácia el Oriente,—dijo,—despues de perder mucho tiempo visitando unas cuantas islas de poca importancia, los indios que llevaba á bordo me guiaron á la Española y allí pasé tres semanas.

Logré reunir una buena cantidad de oro y en todas partes preguntaba por vos; pero nadie os habia visto, nadie tenia noticias de vos. Y con el alma entristecida continuaba buscándoos, resuelto, si no os hallaba en algun tiempo, á volver á España para anunciar los merecimientos de que os habeis hecho digno, y ofrecer á los reyes en vuestro nombre el oro que llevo, los productos y los indios que tengo á bordo de mi carabela.

En todo esto habia alguna verdad.

Habia permanecido en la Española, y en aquella isla habia reunido una gran cantidad de oro.

Pero habia llegado á su noticia, aunque de una

manera inconexa, algo del naufragio de la *Santa Maria*, y persuadido de que Colon habia perecido, la crecida cantidad de oro que llevaba á bordo no era para los reyes, como habia dicho.

La mitad de aquel precioso metal lo habia destinado para él como capitan, y la otra mitad la habia dividido entre los marineros para asegurar su felicidad y comprar su silencio.

Al trasladarse desde la *Niña* á la *Pinta* manifestó á los suyos los descubrimientos que habia hecho Colon y lo mucho que les importaba que continuara en la creencia de que no habia sido intencionada su separacion; les manifestó lo conveniente que seria para todos renunciar á una parte de los productos que llevaban para entregarlos al almirante, guardando el resto de tal manera que no pudiera descubrirse.

Aunque con gran pesar, y en la dura alternativa de tener que rebelarse y vivir condenados á no regresar á España, ó de guardar todo el oro que se habian repartido, optaron por seguir el consejo de Pinzon.

Este acariciaba todavía la esperanza de que por cualquier circunstancia imprevista podria deshacerse del almirante, y ya que no todo el provecho, alcanzaria toda la honra de la expedicion.

Viendo Colon que podia contar con dos carabelas, tuvo grandes deseos de explorar todas las costas de Haiti; pero poco seguro de los Pinzones y temeroso de que Martin Alonso volviera á desertar, determinó seguir su viaje á España, dejando para

mejor ocasión la realización de sus proyectos.

Dió orden á los marineros para que fueran á buscar leña y agua al río Yaqui, al que llamó río de Oro, porque encontró en sus arenas muchas partículas de este metal.

Que era un tanto visionario el ilustre genovés, lo prueba lo que dice en su diario acerca de haber hallado en aquel río y á flor de agua nada ménos que tres sirenas.

En la tarde del 9 de Enero se pusieron en marcha las embarcaciones, y al día siguiente llegaron al río donde Colón habia comerciado, río que desde entonces se llama de Martín Alonso.

El viento era favorable; siguieron costeano la isla hasta llegar al promontorio llamado entonces Cabo del Enamorado, y desde allí descubrió un golfo de tres leguas de ancho que se extendia tanto hácia el interior de la tierra, que parecia un brazo de mar para separar á Haití de otros territorios.

Desembarcaron en la costa, y observaron que los indígenas no eran tan francos ni tan bondadosos como los demás indios que habian visto.

De rostro siniestro, de aspecto belicoso, embadurnados con gran prolijidad, llevaban los cabellos largos y atados por la espalda, adornados con plumas de papagayo y de otros pájaros.

Poseían arcos, flechas, y una especie de espadas formidables.

Las flechas eran de delgados juncos con puntas de hacana ó espinas de pescado.

Las espadas eran de madera de palma, anchas y pesadas como el hierro.

A pesar de su aspecto belicoso, al acercarse á ellos los españoles, no solo no les atacaron, sino que les brindaron con arcos y flechas, y hasta uno de ellos aceptó la invitación del almirante de pasar á la carabela.

Tomáronlos todos los españoles por los caribes á quienes tanto temían los de la isla de Haití, y al dirigir Colón algunas preguntas al indio para que satisficiera sus dudas:

—Los caribes,—le dijo este en su idioma,—están más hácia el Oriente. De allí vienen de cuando en cuando á asolar nuestros campos, á clavar sus flechas en nuestro corazón; pero nosotros estamos aquí para defendernos y defender á nuestros hermanos de la isla.

Preguntando Colón estos pormenores acerca de los caribes, le hablaron de una isla llamada Matinino, isla poblada sólo de mujeres, las cuales, segun lo que de aquellas gentes se contaba, solo una vez al año recibían á los caribes, viviendo ántes y despues de aquel día lejos de sus esposos.

Al partir, los caribes se llevaban los varones que habian nacido durante su ausencia, y sólo dejaban las hembras.

Esto no era ni más ni ménos que el temor de los indios de Haití, pintándolos más feroces y terribles de lo que eran los caribes, puesto que creían que podían vivir sin la compañía de las mujeres, que tanto endulzan el carácter de los hombres.

Obsequiaron en la carabela al guerrero indio y le hicieron varios regalos, y luego le dejaron partir, llevándole los marineros en un bote hasta la playa.

Los salvajes aguardaban con actitud amenazadora á los europeos.

Pero á la primera palabra del indio que iba en su compañía, arrojaron las armas y se adelantaron á recibirlos.

Compráronles los españoles algunas armas, que Colon queria llevar á España como objetos curiosos, y despues de habérselas entregado, arrepentidos sin duda de abandonar sus armas, trataron de arrebatárselas de pronto, y cayendo sobre ellos intentaron aprisionarlos.

Pero los marineros, que iban prevenidos, empuñaron las dagas y las espadas, dispararon los arcabuces y dispersaron á los indios, dejando á dos heridos.

Ebrios de gozo con este triunfo, querian los españoles seguir persiguiéndolos; pero el piloto que mandaba el bote los contuvo.

Aquella fué la primera sangre que derramaron los españoles en el Nuevo Mundo.

Mucho sintió Colon aquel suceso, porque destruia por completo las buenas relaciones que tenia con los indios, y temia que éstos á su vez se vengasen en aquellos de sus compañeros que dejaba en la fortaleza de la Navidad.

Capítulo XVII.

Indignacion de los indios.

La noticia de esta escaramuza no tardó en circular por la isla, llegando á oídos de Guacanajari.

Era el anochecer.

A lo lejos resonó el estampido de los arcabuces, y como fué repetido aquel estrépito por los ecos hasta llevarle á oídos de Guacanajari, el soberano creyó que la tempestad se desencadenaba.

Levantó los ojos al cielo y le vió sereno.

Poco despues un confuso rumor alteró de nuevo su tranquilidad.

Gran número de guerreros descendian por las montañas y las inmensas llanuras de los dominios de Guacanajari.

No tardó en verse la llanura poblada de caciques armados todos de flechas, y entre ellos al rey de los